

tierno, cuya fidelidad no tengo derecho a reclamar, puesto que cometí la torpeza de no leer en la dulce y expresiva mirada de Soledad, la irresistible de mi idolatrada Adela! Y Núñez quedó abrumado con aquel pensamiento.

El hombre del bajo pueblo, que ignoraba lo que sufría el corazón del artista, dijo viéndole meditabundo:

—Parece que la noticia que he dado a su merced, señor amo, le ha sorprendido.

—Sí mucho —dijo Núñez tomando un aire más resignado—. Pero, ¿está usted seguro de que se fué con un caballero?

—Segurísimo.

—Y ese caballero, ¿quién era?—preguntó Núñez con ansiedad.

—Como era de noche, nadie le vió el rostro.

—¿Y nadie le siguió para conocerle?

—¿Cómo quiere su merced que le siguieran, cuando se fué en coche con la señorita?

—¡Oh! —exclamó Núñez afligido—. ¡La ingrata no era digna del amor vehemente, inconmensurable de que era objeto, no...! ¡La mujer que ama de veras, no puede admitir el amor de otro hombre, aun cuando crea infiel a la persona que entregó antes su corazón! ¡No..., Adela no era digna de ese acendrado cariño..., de esa especie de culto con que era amada! Y sin embargo...

Núñez iba a decir que sin embargo la amaba aún más que cuando la juzgaba fiel y sufriendo, padeciendo por su amor; pero se contuvo para no dar a conocer su secreto a quien no podía comprenderle, y dejó caer la cabeza sobre el pecho con el más profundo abatimiento.

—Ya veo que por lo que he dicho, se ha puesto triste su merced —dijo el hombre del pueblo—. ¿Es algo de su merced acaso, la señorita Adela?

—Sí —contestó Núñez sin poder reprimir por más tiempo los sentimientos de su alma—. Es mi vida, es mi aliento, mi gloria, mi consuelo y mi dicha. ¡Sin ella, no hay felicidad para mí, ni hay paz, ni alegría, ni esperanza!

—Pero si su merced llega a saber dónde se halla...

—¿Y qué me importa ya saber dónde se encuentra?

—¿No?

—¿No me acaba usted de asegurar que se marchó con otro caballero?

—Sí, señor amo.

—¿Y no prueba eso que su corazón es de ese hombre, y no mío?

—¿Quién sabe!

—¿Cómo! ¿duda usted?

—¿Y por qué no?

—¿Luego sospecha usted quién fué por ella?

—No, señor amo; pero tengo una razón para creer que no era su amante.

—¿Cuál?—preguntó Núñez con ansiedad, y concibiendo una esperanza.

—Que nunca la visitó nadie.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque lo hubieran dicho los vecinos, sospechando que se hubiese marchado con él.

Esta observación le pareció muy lógica a Núñez; pero no le satisfizo enteramente.

Amaba con todas las veras con que ama el alma por primera vez, y aunque la noticia de que nadie la había visitado, halagaba su amor propio y le tranquilizó algo el corazón, sin embargo, no llenaba todo su anhelo.

—Pues si nadie la visitaba —exclamó dudando de la inocencia de Adela—, ¿cómo fué con ese hombre?

—Porque tal vez fué enviado por el virtuoso sacerdote, que la socorría en sus necesidades y miseria.

—¿Será posible! —exclamó Núñez, sintiendo aligerarse su pecho de la opresión aguda que le quitaba la respiración—. ¿Había un ministro del Señor que la socorría?

—Sí, señor; un sacerdote muy bueno, como le dije a su merced antes, su mismo confesor.

—¿Cielos! ¡qué ventura!

—Y ese padrecito sepa tal vez dónde vive; y con irle a ver a preguntarle...

—¡Ah!, tiene usted razón—dijo Núñez, concibiendo una esperanza—. ¿Y usted conoce a ese sacerdote?

—Sí, señor amo.

—¿Cómo se llama?

—El padre Enrique.

—¿El padre Enrique! ¡Ah!, le conozco mucho. ¡Iré a verle, sí; le preguntaré por ella, y Dios tal vez permitirá que terminen mis penas!

—Yo le acompañaría a su merced, señor amo; pero como me vine a este pueblito con mi familia, y vivo de acompañar a los viajeros, que de cuando en cuando vienen a visitar esta Caverna, no puedo alejarme.

—No, no hay necesidad; yo sé dónde vive y nada me

ocultará. Pero salgamos inmediatamente de aquí, que quiero montar a caballo y ponerme al instante mismo en marcha para México.

—Está muy bien, señor amo.

Núñez cerró el cuaderno, tomó el hacha, y se dispuso a salir de aquella sala, cuando llamó su atención una cosa extraña que se movía.

Era una estalagmita como de una vara de ancha, que empezaba a formarse, y que iba levantándose poco a poco del suelo como la tapa de una caja.

—¿Qué mira su merced con tanta atención, señor?—dijo el guía notando la actitud de Núñez.

—¿No ve usted levantarse poco a poco aquel trozo de piedra.

—En efecto —contestó el interrogado poniéndose pálido y erizándose el cabello—. ¡Huyamos...!, tal vez sea el leopardo o la serpiente cascabel que se han presentado ya dos veces a los viajeros.

—¿Y usted da crédito a ese cuento inventado por los que siempre quieren dar a la relación de sus viajes algo de terrible y maravilloso?

—No mucho; porque la verdad es que yo nunca me he encontrado con huéspedes de esa naturaleza. Pero, ¿no advierte su merced que la piedra se ha levantado cada vez más?

—Sí; pero silencio... Apaguemos los hachones, porque me parece haber visto el resplandor de una luz asomar por debajo de la estalagmita.

—Dice bien su merced, ahora lo veo perfectamente.

El guía apagó las hachas, y todo quedó en la mayor oscuridad.

Núñez, conteniendo la respiración, y preparando una pistola de seis tiros, tenía fijos los ojos en la movable estalagmita.

De repente, la cabeza de un hombre asomó por la especie de tapa que se había levantado, y miró hacia todas partes.

El corazón del guía tembló de pavor creyendo que era algún sér maléfico, duende o trasgo que salía del averno.

Asombrado y sobrecogido de terror iba a dejar escapar una exclamación; pero Núñez le tapó la boca, y agarrándole del brazo lo llevó detrás de una columna donde se quedaron ambos en observación de lo que pasaba.

La cabeza fué asomando cada vez más; luego se dejó ver

medio cuerpo; y por último, un hombre que salió de debajo de la estalagmita.

Núñez quedó sorprendido al verla, y en su rostro se pintaron las señales de la indignación y del odio.

—¡Es él...!—dijo para sí, y acarició en sus manos la pistola.

El hombre que acababa de salir, después de mirar hacia todas partes, se inclinó sobre la boca del agujero por donde había llegado, y pronunció con voz fuerte un nombre.

A poco se vió iluminar al hueco de la trampa por la luz que del fondo de la tierra se elevaba. El hombre se inclinó un poco más, metió el brazo en el agujero, tomó un hachón que le daba algún otro personaje que Núñez no podía ver, articuló algunas voces de despedida, dejó caer de golpe la tapa, y en seguida, provisto de luz, se encaminó con difección a la salida de la Caverna.

Núñez y su guía dejaron el escondite, y echaron a andar detrás de él, favorecidos por la opaca luz de su hacha.

El nuevo personaje, que era corpulento y de hercúlea musculatura, iba armado de espada y de puñal.

Núñez, que parecía dominado por una idea fija, mandó al que le acompañaba que se quedase un poco atrás hasta que le llamase; el mozo obedeció; se sentó sobre una estalagmita, y Núñez encendió una de las hachas, la tomó en la mano, y se adelantó a paso veloz hasta ponerse a distancia de tres varas del individuo a quien seguía...

Este, bien ajeno de pensar que era observado tan de cerca, marchaba descuidado y aprisa como quien está familiarizado con el terreno que pisa, sin fijar la atención en ninguno de los objetos que a su paso encontraba.

No bien había penetrado en el contiguo salón de los monumentos colosales que dejamos descritos, pasando por un tránsito curvilíneo en su planta, cuando Núñez, dando un salto, se colocó a su lado pronunciando su nombre.

El sorprendido personaje dió un paso en dirección opuesta a la que le hablaban, y echando mano a la espada, exclamó sin poder distinguir, a causa de la mezcla de sombras y de opaca luz que envolvían la estancia, las facciones de su adversario:

—¡Un asesino..., un traidor!

—En su justicia el Señor
ha dispuesto que este día,
ceda, o sufra muerte impía
un asesino, un traidor.

—¡Núñez!—exclamó aterrado aquel hombre, reconociendo por la voz a su temible contrario.

—Sí, señor Duval... Soy Núñez; el antiguo mendigo a quien la fortuna ha conducido a este sitio para favorecer la inocencia, o purgar la tierra de un infame que deshonra a la humanidad.

—Me ha vendido algún perjurio por el oro que usted le ofrecería para descubrir donde me hallaba.

—No; la Providencia es la única que ha querido poner término a vuestras maldades. Sí; la Providencia puso en mi corazón el deseo de conocer esta Caverna, y al visitarla como un simple artista buscando distracción a mi pena, estaba bien ajeno de pensar que encontraría en sus profundos antros al falsificador de firmas, al carcelero de Ricardo, y al que trató de asesinar a don Manuel.

Duval, concibiendo la idea de quitar la vida al que de otra manera podría perderle, miró hacia todas partes para ver si alguien le acompañaba.

No descubriendo a nadie, porque, como hemos visto, el guía se había quedado por orden de Núñez muy atrás, creyó fácil deshacerse alevosamente de su contrario y su pecho respiró con libertad.

El joven artista, juzgando que buscaba un sitio por dónde huir, añadió:

—En vano mira usted por todas partes. Ya no puede usted escaparse de mis manos: conozco el sitio por donde usted ha salido; le he visto alzar la tapa de la cueva, y la hora de la justicia ha sonado.

—Sí, dice usted bien —exclamó Duval rechinando los dientes de rabia—; la hora de la justicia ha sonado; estamos solos...; los crímenes del falsificador, del carcelero, y del asesino, están pidiendo otro crimen; la muerte del miserable que trata de descubrirlos.

Y al pronunciar estas palabras se arrojó con la velocidad del rayo, y blandiendo el agudo puñal, sobre Núñez, quien no teniendo tiempo para sacar la espada, paró los primeros terribles golpes con el cuaderno, retrocediendo de su furioso enemigo que, con los ojos encendidos por la ira y enrojecido por la siniestra luz que arrojaba el hacha que llevaba en la mano izquierda, parecía la diosa de la Discordia y madre de la Destrucción, anhelando saciar su sed de venganza y de exterminio.

Núñez, a pesar del peligro inminente en que se encontraba, no quiso llamar a su guía que, retirado de aquel salón, ignoraba lo que estaba pasando.

Tenía demasiado valor y amor propio para dar lugar a que se atribuyese a cobardía cualquiera de sus actos, y prefirió arrostrar todas las consecuencias de aquella lucha desigual, a la idea del deshonor que podría resultarle de haber pedido auxilio combatiendo contra un hombre solo.

Confiado en la superior agilidad que reconocía sobre su contrario, dió un salto hacia atrás, sin volver la espalda, arrojó la tea que llevaba en la mano y que entorpecía sus movimientos, y antes que Duval avanzase, lo que él había retrocedido en un instante, logró sacar la espada, y esperó ya tranquilo a su furioso antagonista.

Duval dejó escapar una terrible maldición al encontrar a su contrario dispuesto a recibirle, y conociendo que el puñal era ya inútil, echó a su vez mano de la espada.

Conocía muy bien la superioridad de su enemigo en el manejo de aquella arma; pero era ya imposible retroceder. No le quedaba más arbitrio que entregarse en poder de Núñez, o de luchar con él hasta matarle o morir.

Lo primero era humillante para su altivo corazón. Optó, pues, por lo segundo, y no titubeó en atacarle con ímpetu y energía, que hubiera desconcertado a cualquiera otro que no hubiera sido el diestro y sereno Núñez.

—¡Oh! ¡va usted a morir a mis manos!—exclamó el socio de Willey, tirando furibundas y repetidas estocadas.

—¿Se olvida usted de la plazuela de San Lázaro y la facilidad con que sé desarmar a mis competidores?—contestó Núñez, parando con facilidad los golpes, y sonriendo con una sangre fría que aumentaba la rabia de su contrario.

—Pero hoy mi mano está más segura y preparada—exclamó Duval.

Pero aun no había acabado de pronunciar estas palabras cuando vió saltar la espada de su diestra, y caer a larga distancia a un certero golpe de su antagonista, que le puso la hoja de la suya al pecho, diciéndole:

—Está usted desarmado, y soy dueño de su vida. Cuando se arrojó usted sobre mí como un vil asesino para herirme alevosamente, pude con una voz mía hacer venir a mi socorro quien sujetase a usted como a un frenético; pero no lo hice, porque quise probarle a usted que soy noble y generoso con mis enemigos.

—Bien; ¿qué quiere usted hacer de mí? ¿qué intenta usted?

—Salvarle a usted aún.

—¡Salvarme!—dijo Duval sonriendo burlescamente y con acento incrédulo y algo irónico.

—Sí, salvarle, por más que dude usted de mi generosidad. Yo puedo en este momento descubrir a la justicia el subterráneo de que le he visto a usted salir y en donde a mi entender está encerrado el desgraciado amante de Inés; puedo, por lo mismo, denunciar a usted como falsificador de firmas y como asesino, sin comprometer la vida del hombre con la que hasta ahora me había usted amenazado; puedo, en una palabra, perder a usted, sin temor de recibir daño alguno; y sin embargo, no quiero perjudicarle; mi corazón se resiste, sin saber por qué, a dar ese paso que sería la sentencia de su muerte.

—Pero estoy seguro que, para usar de esa generosidad que me sorprende, me impondrá usted alguna condición.

—Una sola.

—¿Cuál?

Núñez sacó su cartera, y presentándole un lápiz y señalándole una hoja, le dijo:

—Escriba usted aquí que se me entregue en el acto a Ricardo.

—¡Oh! ¡imposible!

—En ese caso lo conseguiré llamando a la justicia que penetrará en el subterráneo, y que a pesar de mi anhelo por salvar a usted le conducirá a una prisión.

Duval sorprendió toda la fuerza de aquella observación, y se puso a meditar lo que debía hacer.

—He dicho a usted—continuó Núñez— que estoy acompañado; y a una voz que dé, acudirá mi guía y partirá a dar aviso a la autoridad mientras yo me quedaré aquí custodiando a usted.

Duval reflexionó que lo más prudente era acceder al deseo de su contrario.

Núñez iba en efecto a llamar en alta voz al que le había acompañado; pero Duval, viendo que lo iba a perder todo si no accedía en el instante mismo, exclamó:

—Bien; no llame usted a nadie; escribiré la orden.

—Perfectamente. Aquí tiene usted el lápiz y el papel.

—Sólo quisiera que agregase usted a su favor, otro no menos importante, que se lo agradeceré en el alma.

—Estoy dispuesto a ello.

—Que exija usted a Ricardo un sepulcral silencio con respecto a este asunto.

—Se lo ofrezco a usted bajo mi palabra de honor, y se lo pediré en nombre de su adorada Inés.

—Bien. Por mi parte prometo también abandonar por breves días este país, donde ya no podría vivir sino en continuo temor y sobresalto.

—Es el paso más acertado que puede usted dar.

—Precisamente mi visita al subterráneo, a donde va usted a penetrar, no reconoce otro motivo que el de haber venido a disponer el arreglo de todo para emprender mi viaje a Europa.

—Lo celebro infinito.

—Pero, ¿y ese criado que ha venido con usted, no podrá descubrir a la autoridad el secreto y perderme?

—Me encargo de su silencio, gratificándole largamente.

—Nada tengo que objetar—dijo Duval, y se puso a escribir.

Después de haber concluido, le presentó el papel a Núñez para vir si estaba a su satisfacción.

—Está perfectamente—dijo el joven artista guardando la cartera en el bolsillo.

En seguida llamó al guía.

Duval estaba disfrazado con su larga barba, sus grandes cejas, su cana peluca, y no temía ser conocido.

Al presentarse el hombre del bajo pueblo, le dijo Núñez:

—Tengo que desempeñar un asunto, y va usted a quedarse aquí cuidando a este caballero.

—Está muy bien—contestó el guía que iba armado de pistola y espada.

—Pero antes tengo que darle a usted algunas instrucciones.

Y Núñez lo llevó a un lado y le dijo en voz baja algunas palabras.

Mientras el artista hablaba con su humilde guía, Duval, con ojo penetrante, examinaba a éste detenidamente, y concibió una esperanza que operó en su semblante un cambio completo.

Pensó que no le sería difícil sobornar a aquel hombre que iba a quedar custodiándole; que no sería difícil inclinarle a su favor, colocando en su mano alguna fuerte suma, y aún convertirle en contrario de Núñez, a quien en tal caso podría aprisionar en el mismo subterráneo a donde se disponía a penetrar, y despojarle allí de la vida.

Esta idea halagó su corazón, y casi seguro de que se realizaría su pensamiento, esperaba con impaciencia el momento de quedarse solo con su rústico custodio.

Así se disponía a corresponder la generosidad del joven artista.

¡Le sentenciaba a muerte, cuando él le acababa de perdonar por cuarta vez la vida!

Núñez, después de haber hablado en secreto con él que le había servido de guía, añadió en alta voz:

—Le he dicho a usted lo que debe hacer; pero al mismo tiempo le ordeno que al menor movimiento que haga, a la más insignificante señal que indique que trata de huir, dispare usted sobre él las pistolas.

—Así lo haré, señor amo.

—Lo veremos —dijo para sí Duval—; las balas de plomo bederán, estoy seguro de ello, a las de oro con que pienso combatir.

Núñez, impaciente por desempeñar pronto su comisión y volver en el instante a México para preguntarle al padre Enrique por la hechicera Adela, tomó una de las hachas, y preguntó a Duval:

—¿Cuál es la señal para que abran la tapa del subterráneo?

El amigo del doctor, no queriendo hacer público el secreto, se acercó a su vencedor, y le dijo en voz baja lo que deseaba.

El joven artista se despidió, y se dirigió hacia el salón de los «órganos».

Duval le miró alejarse sin apartar de él la vista.

El vigilante custodio, con la pistola preparada, estaba pendiente hasta de los más leves movimientos del personaje encomendado a su cuidado.

Este, al ver desaparecer entre las estalagmitas al que le había vencido y perdonado, se propuso poner en planta el proyecto de ganar con oro a su centinela.

—Muy poco —le dijo— debe producir el servir de guía a los que de tarde en tarde vienen a visitar esta Caverna.

—Casi nada, señor. Como que se pasa mucho tiempo para que venga algún viajero.

—Pues entonces, ¿de qué vive usted?

—Soy albañil, señor amo; y suelo hacer algunas obras muy ligeras en mi pueblo.

—¿Y tiene usted familia?

—Sí, señor amo; tengo a mi mujer y cuatro hijos.

—¿Y no aspira usted a que sean felices, a que no vivan en la miseria, a que sean ricos?

—¡Ay, señor amo!, ricos no pueden ser los que no encuentran protección.

—¿Es decir, que usted quisiera encontrar alguno que le diese la mano?

—¡Ojalá, señor amo! Pero ¿quién me había de querer favorecer a mí?

—Yo, por ejemplo.

—¡Su merced!

—¿Y por qué no? ¿Quiere usted ser rico?

—¿Cómo?

Duval, que vió despierta la ambición de riquezas en el hombre encargado de su custodia, concibió las más lisonjeras esperanzas de atraerle a su servicio, y le expuso hábilmente lo que deseaba.

El humilde albañil escuchó asombrado las halagüeñas posiciones que le abrían las puertas de la abundancia y quedó reflexionando un momento.

—Ayúdeme ahora —pensaba para sí Duval— a triunfar de mi temible adversario, que después fácilmente podré yo deshacerme de él.

Entre tanto, Núñez había llegado a la tapa que cubría el subterráneo.

Ejecutó lo que Duval le indicó era preciso hacer para penetrar en él.

Poco después la estalagmita se levantaba y daba paso al joven artista, que por una escalera de caracol descendía a otra caverna artificial, bien ajeno de pensar que su vencido y perdonado amigo proyectaba su muerte.

La tapa del subterráneo volvió a cerrarse.

¿Qué sucedió después?

CAPITULO XVIII

Tras el pesar la alegría

Estamos en una sala decentemente amueblada; un elegante piano inglés de cola, ocupa uno de los costados; finísimas sillas, elegantes sofás, un espejo de cuerpo entero y varios cuadros de gran mérito, forman el adorno.

Junto al espejo, y encima de la mesa en que descansa éste, se ve un quinqué de graciosa hechura, cuya clara luz ilumina la pieza.

Un joven de arrogante presencia y vestido con elegancia y gusto, acaba de ponerse los guantes blancos de cabritilla, y se dirige a una mesa para coger el fino antejo de teatro que ha dejado sobre ella.

En la fisonomía simpática de este joven se ven impresas la alegría y la felicidad.